

JOSÉ LUIS ARCHILLA MARTÍN



Un libro, ya sea electrónico ya en papel de hermosa y bella estampa o sencilla encuadernación, es una combinación armónica y muy bien estructurada de letras, sílabas, signos, palabras y frases con un sentido y profundo significado. Es un mensaje lanzado al aire, perfectamente orquestado, con ritmos y musicalidad plena de acordes, con dulce y extraordinaria melodía además de atractiva, con sentido de vida y unidad, con una verdad descifrable y, a veces, no exento de dificultad comprensiva.

Es, además, imaginación creadora, fantasía a raudales, profundas y sensatas ideas muy sentidas, totalmente bien organizadas, seleccionadas, expuestas con lealtad y fiel intención de agradar, deleitar, enseñar, inquietar y penetrar en lo más íntimo de nuestra existencia. Pero, sobre todo, es esfuerzo, noches de insomnio, tiempo de moderación y reflexión, pensamientos aceptados y rechazados, papeles emborronados, arrugados, destruidos y arrojados, ratos de tecleo incesante ante un ordenador, hojas perdidas por aquello de la técnica y vueltas de nuevo a reconstruir; personajes que se esfuerzan y luchan por estar representados, por tomar cuerpo y vida como valerosos guerreros en una tremenda batalla para permanecer y ocupar su lugar, para tener vida, para adquirir su vivencia; conceptos que afloran, aparecen y desaparecen, se ocultan y brillan con luz propia y tremendo resplandor, como jugando en un mundo de dudas y vaivenes, de deseos y anhelos perdidos, semejante a un tiovivo; secuencias, circunstancias y capítulos vacilantes que te alientan o te desinflan hasta el abandono, te animan, te ilusionan y te consuelan. Un libro es una lucha titánica de muchas fuerzas encontradas en perfecta armonía y dispuestas a dejar su sello y su impronta.

¿Qué puedo decir más de un libro? Que es una vía a descubrir con hondo sentimiento, que abre caminos permanentemente e insinúa senderos: unas veces recónditos y otras más tenues y dóciles; que orienta con claridad al lector, que guía señalando las veredas más difíciles y en penumbra, dejando luminosas y claras las más sencillas, que establece linderos, marcando hitos que nos lleven a las rutas verdaderas, proporcionando una certeza y evidencia plena y total.

Un libro siempre es un placer de los sentidos que perciben, interiorizan, canalizan con armonía cada paso dado en su profundización, cada rincón por recóndito que éste sea, que te hace soñar y gozar, te introduce en sus secretos más íntimos y penetra dentro del propio ser, inundando sus entrañas, haciéndole participe de sus sensaciones, confiándole sus mensajes y teorías contrastadas, descubriendo en lo más profundo de su interioridad aquello por lo que luchas en la vida, aquello por lo que te esfuerzas, aquello que te trasporta y te lanza a una realización plena y total de la persona.

¿Seríamos capaces de definir la esencia de un libro? Siguiendo el planteamiento de los conceptos, yo diría que es amistad, cariño a raudales, comprensión, apertura a otros mundos desconocidos o no planteados, a otros momentos dispares en el tiempo: pasado, presente y futuro; pero siempre con signos e indicios de eternidad, de permanencia a través de las vicisitudes, de perpetuidad de sus contenidos, de quedar ahí como algo moldeable y perenne, fiable y expuesto a quien esté preparado y abierto a recibirlo, para hacerlo suyo, para apro-

# En el Día del Libro

piarse de él, para penetrar en su intimidad con curiosidad y con sentido de apertura, para aprender y asimilar sus principios y sus doctrinas.

Un libro se nos muestra como un espacio abierto, un espacio que se aparece y se manifiesta, que se presenta ante el curioso lector como algo transparente, lleno de infinitos mundos de contenidos en los que poder navegar y surcar mares tranquilos y tormentosos, volando en alas del viento y en aras de las veleidades de la vida, encontrando siempre en él la señal justa y exacta, el indicador perfecto, el símbolo más sublime y certero por donde encaminar y dirigir los pasos. Se nos manifiesta como equilibrio, espiritualidad, profundización en uno mismo, reflexión constante, sentido del deber, seriedad pese a la aventura y la distracción que supone la vida, perfección plena, sensación de poder y voluntad para conseguirlo, emoción en muchos casos incontrolada. La mayoría de las veces, es compendio de ciencia y sabidurías, de aprendizaje



y culturización, un recurso seguro al que acudir, sabedores de que nunca nos va a engañar ni a defraudar, que siempre estará presente y nos ayudará, que nos ofrecerá su apoyo y consuelo, que permanecerá quieto y estático en su permanente dinámica, en su diversidad continua, en su línea recta y totalmente sólida.

¿Qué podemos decir más acerca de un libro? Sin duda, que es estética y belleza en plenitud, que es estilismo y hermosura radiante, claridad y transparencia lumínica e infinita. Las categorías artísticas lo inundan, lo colman, se agolpan en una delicada ternura llena de suavidad, que como tierra bien abonada se deja absolver, se hace permeable, se adapta ante los laberintos y contrariedades produciendo serenidad, sosiego, tranquilidad y quietud de espíritu, que rezuma y baña cubriendo en su totalidad y empapando con elegancia al lector que se aproxima con gesto abierto, inquieto, curioso y honrado.

Es más, sin lugar a dudas, es un valor, un regalo, una alegría para quien lo recibe y acepta con agrado. Se convierte en un ser en su total plenitud y esplendor de desarrollo en aquél que lo manosea, se lo pasa de una mano a otra, se detiene en cada apertura de sus páginas, lo ojea y llevado, finalmente por la curiosidad y la admiración, se pierde y se diluye en su

interior, gozando de cada una de sus cadencias, de sus pausas, deleitándose en sus principios, planteamientos y conclusiones hasta sentirse dominado por sus pensamientos, identificándose con sus personajes, formando un mismo cuerpo en comunidad con él.

Además, es una ilusión: primero, cuando se siente entre las manos, se palpa y se acepta, se nota su tacto, se investiga dentro de su formato y se lee aquí o allá; luego, aparecen unos ojos limpios y claros que se posan con enorme curiosidad, con inquietud inquisitiva; después, con cierta zozobra en algún instante, lleno de admiración y entusiasmo, con ahínco y anhelo de comprenderlo y asimilar cuanto allí se encuentra; por último, te dejas envolver, abrazar con ternura entre sus letras y sonidos, dejándote mecer al compás del ritmo y la entonación de una buena y pausada lectura hasta perderte en su contenido, unirte en un abrazo de paz, amor sincero y profundo.

Siempre hemos oído y estamos habituados a escuchar, que un libro es el mejor de los amigos, un amigo verdadero y fiel que siempre está a tu lado, que permanece ahí dispuesto a ofrecerte su ayuda, un amigo leal que nunca te traiciona ni te deja tirado, un amigo con sentido de entrega, un amigo serio, íntimo, sincero, un amigo con los brazos abiertos, preparado para acogerte y acariciarte con la palabra y el consejo adecuado y preciso a cada instante.

Yo añadiría que un libro es un acto de amor intenso, una fusión plena de dos interioridades profundas que se entregan con ardor y apasionadamente, se examinan, se conocen y penetran desembocando en una conjunción de armonía exacta y bella, en una perfecta comunión y compenetración de esencias enormes que se atraen y se abrazan en la unión más excelsa, en un éxtasis total de eterna y perenne hermosura.

Lo podríamos definir como un universo de sensaciones hecho carne en cada uno de nosotros cuando nos acercamos a él, como si nuestras entrañas se abrieran de golpe dando paso a un ser interior, a un ser desbordado por la sensibilidad y los sentidos que se manifiesta en la piel erizada, en los ojos en blanco expuestos a otras realidades antes no vividas, en los estremecimientos y convulsiones hasta ahora no percibidos ni sentidos. Para concluir, por último,

un libro es un quien intransferible que se dirige a lo más íntimo del corazón, un alguien personal e individual, un pedazo de la existencia hecha vida y expresada en los símbolos, signos y señales. Por todo esto, podríamos hablar de un libro, como la muestra viva de nuestra propia historia paso a paso. Nuestra historia vivida con universalidad, la entrega total a un mundo cerrado, el círculo hecho circunferencia perfectamente delimitada, sin fisuras, sin doblez. Líneas sin otro sentido que la comunicación de un ser que se expone y se abre a ese círculo, a esa cerrazón, a otra realidad patente y anhelante repleta de curiosidad, admiración e interrogación infinita de otro ente sublime y abstracto.

Como expresión final diría que un libro es la manifestación clara y evidente de la totalidad del ser entregado, convertido en un mar de emociones, percepciones personales e íntimas, ideas maduradas y extraídas de otras realidades surgidas de lo profundo del ser humano, de un ser que vive, ama, siente, padece tribulaciones, se agota y reverbera lleno de fuerza e ilusión, lleno de vitalidad y esperanza hasta alumbrar un mundo infinito de múltiples realidades abiertas a todo aquél que quiera y se interese por ellas, sabedor de que son perennes, eternas, perpetuas y que perdurarán a la propia existencia y a la historia.